

"Caras y Caretas" Buenos Aires
5 junio 1926. 9-117



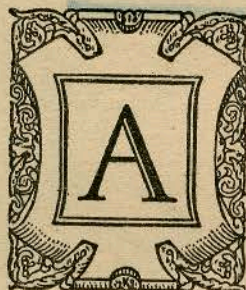
CARAS Y CARETAS

DESDE HENDAYA

O.C.
tomo X



IX. VIAJAR POR EUROPA



las veces querría uno — esto de *uno* es una manera de soslayar el pronombre personal de primera persona, que suele molestar a ciertas segundas, terceras y centésimas personas — a las veces querría uno librarse de los libros entregándose a las impresiones de la naturaleza, a leer en lo que se ha dado en llamar el Libro de la Naturaleza, ¡un libro más! Pero uno es hombre de libros, después y antes de todo, y sin libros no sabe leer fuera de ellos.

Y he aquí por qué hay que hablar de libros.

Un buen amigo, el cónsul de España aquí, me ha dado a leer las obras del conde de Gobineau, ya famoso, y cuya fama empezó en Alemania, lo que algunos chauvinistas de aquí no le perdonan. Y no digo franceses, porque la patria del chauvinista no es de este mundo... ni del otro. El conde de Gobineau pasó unos años en Persia, y nos ha revelado, tan bien como cualquier otro, el alma de Oriente, de ese Oriente que hoy se alza como un recuerdo, y a la vez como una esperanza, frente a este desvencijado y resquebrajado Occidente.

La última obra de Gobineau que tengo a la vista son sus *Nouvelles asiatiques*, y acabo de leer la última de éstas, la titulada "La vida de viaje", en que el autor nos cuenta el viaje que en caravana de dos mil personas, bajo la dirección del muletero Kerbelay-Hussein, hicieron Valerio Conti y su joven mujer Luisa desde Erzerum hacia Tebiz. El relato de ese pequeño pueblo en marcha y de lo que son estas peregrinaciones en Oriente es algo que no he de intentar ni siquiera extractar aquí.

Entre los varios curiosos tipos de la caravana que Gobineau describe, está Seyd-Abdurramán, un erudito, nacido en Ardebly, no lejos del mar Caspio, un *mula* como su padre y sus tíos y sus primos, uno que se había dedicado a aprender a fondo la teología, la metafísica, la historia y la poesía — todo en uno — orientales, por supuesto. Lo que no le impidió cobrar una cierta afición al vino, lo que le llevó al aguardiente, que operó en él una reforma intelectual de valor prodigioso, haciéndole comprender la vida de todas las cosas, y en la ruina general de todas sus opiniones, resolvió ponerse a viajar para renovar su entendimiento y proveerse de conocimientos más sólidos que los antiguos y a la vez distraerse por la contemplación de espectáculos interesantes y curiosos. Así evitó las fatigas de la vida sedentaria, el tener que tener un oficio, la sociedad permanente de los imbéciles, la enemiga de los grandes, los cuidados de la propiedad, una casa que manejar, criados que corregir, mujer que sopor-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES

5 VII 1926



P o r M I G U E L D E U N A M U N O



tar, hijos que criar. Valerio pregunta al Seyd si no había entrado en territorio europeo, a lo que responde que jamás, y luego, hablando como un verdadero sabio:

— No hay interés para un sabio en viajar por los países europeos — respondió el Seyd con aire convencido. — Por de pronto, no hay seguridad. Se encuentra uno a cada paso con soldados que marchan con aire insolente; los policías llenan las calles y preguntan a cada instante a dónde se va, lo que se hace y lo que se es. Si se deja de responderles, le llevan a uno a una cárcel de donde cuesta salir. Hay que tener los bolsillos llenos de *buyuruldís*, de *firmanes*, de *tesquerés* y otros papeles y documentos sin fin, a falta de lo cual se arriesga hasta la vida. Le aseguro que es así; se lo he oído contar a personas dignas de fe que habían, a las embajadas musulmanas por esos países del diablo.”

El digno Seyd continúa luego haciendo una tan acerba como justa crítica de este pobre Occidente infatuado, para concluir que antes se hacen los europeos al Asia que los asiáticos a Europa.

Y esto le hacía decir al digno Seyd Abdurramán el conde de Gobineau en 1876, época en que éste, el conde, se hallaba en Crimea, cumpliendo, en compañía de su fiel amigo don Pedro, el emperador del Brasil, un viaje por Rusia, Turquía y Grecia. ¡Qué diría el digno Seyd Abdurramán, el mula redimido por el aguardiente, si se enterase de lo que ha venido a ser esta Europa de la tras-guerra y de la Liga de las Naciones, esta Europa de los pasaportes y del todopoderío de la policía! ¡Hoy sí que no puede viajar por ella una persona decente!

Esta Europa de los pasaportes y otras socaliñas es verdaderamente indigna de que la visite una persona que busque enriquecer su espíritu en los viajes. Desde que pululan las Internacionales — primera, segunda, tercera... roja, blanca, gris, amarilla... — se ha acentuado la estúpida aversión al forastero. Hay aquí, por ejemplo, quien no me perdona el que cuando arribé a Francia, hace quince meses, me dieron 250 francos por 100 pesetas y ahora me valen ya cerca de 360. Pero ¿tengo yo la culpa?

Y eso de la policía, de la horrenda policía; de la comisaría si queréis. ¿Qué diría el digno Seyd Abdurramán si viese hoy los papeles que le obligan a uno a llevar sobre sí, y las fotografías y las huellas digitales o dactiloscópicas? Esta Europa de la tras-guerra, malcriada en el espionaje, es algo ingrato para el espíritu. ¡Hay que ver en un pueblecito fronterizo como éste! Carabineros, migueletes, guardiaciviles, aduaneros, policías de un lado y del otro ~~docteurs~~, *gendarmes*, *policiers*... Y todo ¿para qué?

Tenía razón, ya antes de 1876, el digno Seyd Abdurramán: en Europa no hay seguridad. Tanto han querido asegurarse, que no hay seguridad. Esta vasta Sociedad de Seguros no le deja vivir a uno. Al querer suprimir el riesgo, se ha suprimido el resorte de la vida íntima.

/u/n

